

© Caritas Internationalis

EL CUERNO DE ÁFRICA, ANTE LA PEOR SEQUÍA EN 40 AÑOS

Veinte millones de personas están en riesgo de hambruna en Etiopía, Kenia y Somalia, y más de ocho millones necesitan ayuda humanitaria urgente en Sudán del Sur.

Fátima Zidán, responsable de proyectos de Caritas Española en el Cuerno de África.

La grave sequía que afecta a la región del Cuerno de África es la mayor de los últimos cuarenta años, con cuatro temporadas de lluvias consecutivas muy por debajo de su nivel normal. Más de 15 millones de personas ya están malnutridas en amplias zonas de Etiopía, Kenia y Somalia, y la cifra puede llegar a 20

millones en los próximos meses, ya que la actual temporada de lluvias marzo-mayo está siendo igualmente seca.

El clamor de África

En situaciones parecidas se encuentran Sudán del Sur –cuya

crisis humanitaria crónica no deja de agudizarse– y la región del Sahel, donde 12 millones de personas padecen una grave crisis alimentaria. La necesidad de ayuda urgente y programas de desarrollo a medio y largo plazo constituye un clamor para la comunidad cristiana e internacional. Los efectos del

cambio climático, el impacto de los conflictos y los continuos desplazamientos de población son los denominadores comunes de estas crisis, que agotan los recursos y la capacidad de resistencia de las familias.

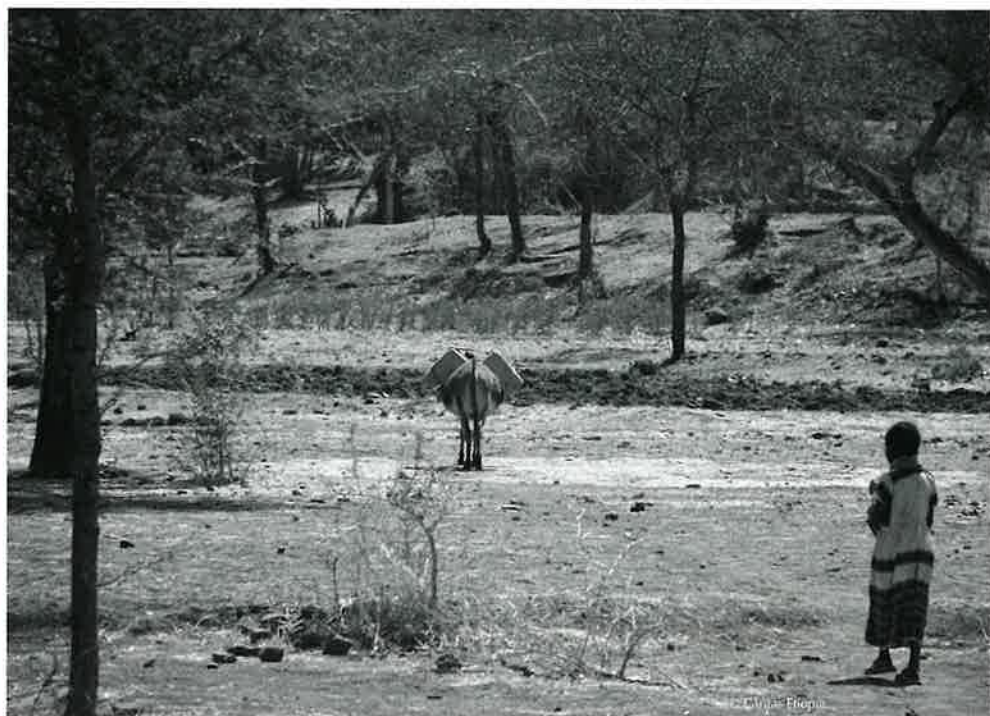
El impacto de la COVID-19

Tras la grave crisis socioeconómica causada por la pandemia COVID-19, con solo el 17 por ciento de los 1.300 millones de habitantes de África vacunados, el virus se percibe hoy como un mal menor en un continente cuya media de edad es de 20 años, donde otras enfermedades causan miles de fallecimientos cada año, y donde una nueva crisis económica ha llegado con la guerra en Ucrania.

Como señaló Caritas África en su comunicado del 25 de abril, «la financiación global inadecuada para la respuesta a la sequía y la hambruna se ve agravada por los impactos de la guerra de Ucrania en la cadena mundial de suministro de alimentos, sumándose al conflicto, el desplazamiento forzado y la COVID-19 en los países afectados».

Un «dipolo» catastrófico

El llamado «dipolo del océano Índico» es una variación en



la temperatura superficial del agua del este y oeste del océano, que puede causar o bien lluvias extraordinarias —como ocurrió entre 2019 y 2021— o bien intensas sequías, como está ocurriendo en este 2022.

En el este y sur de Etiopía y Kenia, y en Somalia, la falta de lluvias está afectando gravemente a las cosechas estacionales, que dependen enteramente del agua de lluvia, pues los sistemas de riego son prácticamente inexistentes.

Además, para las comunidades dedicadas al pastoreo de estas zonas áridas ha sido un catástrofe, ya que los animales no encuentran pasto ni agua, y ya

han muerto más de tres millones de cabezas de ganado que son uno de los recursos más valiosos de las familias, cuando no el mayor de ellos. El ganado no es solo un negocio, sino también un salvavidas en tiempos de escasez; aunque las familias intentan siempre conservar sus animales, vender un animal a tiempo puede resultar el único modo de seguir adelante.

En estas zonas, la sequía ha llegado tras el impacto de la plaga de langosta que asoló miles de hectáreas de cultivos en 2020 y 2021, provocada por el efecto contrario del «dipolo», las lluvias torrenciales, y que ha vuelto a afectar este año a más de 200.000 hectáreas de 33 con-

dados del oeste y el valle del Rift, en Kenia.

El impacto de una guerra lejana

La pandemia de la COVID-19, la irregularidad del clima y ahora la guerra en Ucrania son tres causas globales que están teniendo unos tremendos efectos en esta región. Las malas cosechas hacen subir los precios; pero, además, el corte en el suministro mundial de cereales y fertilizantes agrícolas está agudizando ese efecto, y el precio del combustible ha subido alarmantemente. Es imprescindible y urgente que la solidaridad global se active de inmediato para evitar una nueva catástrofe humanitaria en el Cuerno de África.

Agravamiento de los conflictos

Los conflictos armados son, por sí mismos, una causa de desastre inmensa. Desde que a finales de 2020 el Gobierno nacional de Etiopía y el Gobierno de la norteña región de Tigray entrasen en guerra, casi seis millones de personas están sufriendo la falta de todo lo esencial.

La guerra estalló en esta árida región cuando se iba a recoger la cosecha más importante del año, en noviembre, y para la siguiente temporada de cultivo en mayo-junio no había suficientes semillas ni tampoco hubo suficiente lluvia. La ayuda humanitaria estuvo llegando hasta agosto, pero a partir de ahí la región fue completamente bloqueada, cerrándose el

único paso fronterizo permitido por el Gobierno federal. En Tigray, no ha habido luz, ni teléfono, ni Internet, ni combustible, ni suministros médicos, ni funcionan los bancos...; nadie cobra un salario, y 1,3 millones de niños siguen sin escuela.

Cáritas Adigrat, la Cáritas local, y varias congregaciones religiosas se encuentran aisladas sin apenas comunicación. El bloqueo extendió la guerra a las regiones vecinas, provocando nuevos desplazamientos de población y pérdida de medios de vida. Durante esta semana, casi un año después del bloqueo total, está entrando en Tigray el mayor cargamento de ayuda humanitaria desde que se cerró el acceso. Es imprescindible que la población pueda recibir ayuda urgente y en cantidad suficiente. Ahora mismo ni siquiera se tienen cifras fiables de las pérdidas humanas que hayan ocurrido durante el último año.

Cáritas Española ha apoyado la respuesta humanitaria de Cáritas Etiopía en Tigray y en otras regiones en conflicto desde el principio. Gracias al esfuerzo conjunto de la red Cáritas y de donantes públicos, hemos llegado a más de 100.000 personas en Tigray, con alimentos básicos como harina y aceite, galletas nutritivas para los menores de cinco años, y agua potable.



El drama eterno de Sudán del Sur

En Sudán del Sur, de nuevo, los riesgos se asocian a la inseguridad y al clima. El país más joven del mundo se independizó de Sudán en 2011, y en 2013 se vio asolado por una guerra civil. Las facciones enfrentadas llegaron a un acuerdo de paz en 2015, y en 2018 renovaron dicho acuerdo para crear un Gobierno de transición en el que participan las dos facciones, y que ha de trabajar para resolver los aspectos más importantes (unificación de las fuerzas armadas y policía, definición del territorio y distribución de los cargos políticos o control de la administración pública) antes de convocar elecciones democráticas generales en 2023.

Las Naciones Unidas mantienen en el país una misión de pacificación, y otra más específica en el territorio de Abey, que aún está en disputa entre Sudán y Sudán del Sur. Sin embargo, no dejan de producirse enfrentamientos esporádicos entre las fuerzas armadas, o entre estas y grupos armados civiles, que dificultan todo el proceso político y ponen al país en riesgo de una nueva guerra civil.

Más violencia

A esto se añade un incremento muy importante de la violencia



entre comunidades, sobre todo entre comunidades pastoras. La proliferación de armas cortas, como pistolas y fusiles, entre la población civil, y especialmente entre la juventud, facilita los ataques de unos y otros para capturar ganado, impedir que el ganado entre en sus tierras, o simplemente vengarse.

Cada vez que ocurre un incidente violento, se produce un desplazamiento de población. Las familias huyen con lo puesto, abandonan sus casas y enseres, sus campos y sus animales, simplemente para salvar la vida. Solo en 2021, ha habido 300.000 nuevos desplazamientos; en total, hay dos millones de desplazados internos. Además, 2,4 millones de sudaneses permanecen refugiados en países vecinos, principal-

mente Uganda, Congo, Kenia y Etiopía.

Lejos de mejorar, la situación humanitaria del país no deja de empeorar: de 11,4 millones de población total, 8,9 millones necesitan algún tipo de ayuda. Es decir, dos tercios de la población del país; si lo pensamos en relación a nuestro propio país, comprenderemos rápidamente la dimensión catastrófica del problema.

El azote del clima

A la violencia se une el impacto del cambio climático. Sudán del Sur tiene zonas en el oeste en sequía, mientras la zona central y el este del país llevan inundados desde finales de 2020. El Nilo Azul atraviesa

esta parte del país y las lluvias torrenciales lo desbordaron de tal manera que la tierra no ha sido aún capaz de absorber totalmente el agua.

Como consecuencia, los cultivos se pudrieron y el pasto para el ganado también, y las comunidades quedaron aisladas durante muchos meses, expuestas a las picaduras de serpiente y el ataque de los cocodrilos, y esperando que la ayuda llegase en barco. Este año el riesgo vuelve a ser que las lluvias sean demasiado fuertes y los cultivos que están empezando a plantarse no puedan cosecharse a final de año.

Clamor en Sudán

En tales condiciones, la cantidad de ayuda humanitaria necesaria no deja de crecer, mientras la comunidad internacional no es capaz de recaudar todo el dinero necesario. La ayuda humanitaria es considerablemente más cara que la ayuda al desarrollo: necesita comprarse a tiempo; las operaciones logísticas para distribuirla son complicadas, y el precio de alimentos y combustible ha subido desde la guerra en Ucrania. Es imprescindible, no obstante, continuar prestándola, a la vez que se intenta apoyar a las familias con medios de vida que permitan ir reconstruyendo poco a poco la resiliencia perdida, la capa-



cidad de cuidar de sí mismos y de estar mejor preparados para la siguiente crisis.

Cáritas, siempre cerca

Cáritas Española, con el apoyo de su red diocesana y de donantes públicos, trabaja con Cáritas Sur Sudán en programas de ayuda a corto plazo y programas agrícolas a medio plazo para promover mejores condiciones de vida entre la población desplazada y las comunidades locales donde se instala. La promoción de programas que apoyen el desarrollo a largo plazo es, por tanto, complementario a la imprescindible ayuda humanitaria en momentos de crisis.

Cáritas Española ha trabajado durante casi veinte años en Etiopía para contribuir a garantizar el derecho a la alimentación mediante programas de desarrollo rural fundamentalmente. Hoy podemos comprobar el éxito de las cooperativas agrícolas y de ahorro y crédito que estamos acompañando; unas cooperativas que se han convertido en una red que promueve prácticas agrícolas modernas, mejores cosechas y diversidad de cultivos, mayor aprovechamiento de los recursos naturales, acceso al mercado y a los negocios –especialmente para las mujeres–, y en definitiva, una capacidad superior para garantizar la seguridad alimentaria de las familias menos favorecidas de la comunidad. **IP**